

# SOLALINDE LA

EN TAN SÓLO  
CUATRO AÑOS,  
SOLALINDE SE  
CONVIRTIÓ EN UNA  
DE LAS FIGURAS  
MÁS NOTABLES DE  
LA IGLESIA, POR SU  
DEFENSA  
DE LOS  
INMIGRANTES EN  
SU PASO HACIA  
ESTADOS UNIDOS Y  
POR SU DENUNCIA  
DE LA  
COMPLICIDAD  
ENTRE  
AUTORIDADES Y  
BANDAS  
CRIMINALES EN  
ESTE HOLOCAUSTO  
DEL SIGLO XXI.

# ELIN

# DE

  
**POR EMILIANO  
RUIZ PARRA**

**FOTOS DE  
ALEX DORFSMAN**







# LA RUTA DE JESUCRISTO

Alejandro Solalinde se toma un capuchino de treinta pesos y deja cincuenta de propina. Posee cinco camisas blancas de cuello Mao y dos guayaberas en su ropero, que él mismo lava y plancha. No tiene trajes, pero la blancura de su ropa basta para transmitir pulcritud y aliño. Su reloj cuesta ciento cincuenta pesos (Casio Illuminator), y no ha entrado a la generación de sacerdotes de BlackBerry, iPhone y iPad, aunque sí gasta pequeñas fortunas en tarjetas de prepago para sus teléfonos celulares, a donde lo llama la prensa nacional e internacional. Duerme en una hamaca dentro de un cuartito atiborrado de ropa, mochilas y libros de sus colaboradores, pero suele ceder ese espacio y tira un colchón en el patio donde pernocta rodeado de sus guardaespaldas. Si un migrante llega al albergue con los pies destrozados, él mismo va a la zapatería a comprarle un par de zapatos idénticos a los suyos. No tiene escritorio, ni secretaria, ni oficina. Recibe a la gente en una salita debajo de un techo de palma, y resulta imposible sostener una conversación con él sin que lo interrumpan cada dos minutos para pedirle jabón, papel sanitario, dinero, un vaso de agua. Se baña a jicarazos en un bañito que comparte con los voluntarios del albergue y usa un excusado que se desagua a cubetazos. Si entre los donativos del mercado de Juchitán llega una sandía, se la comerá sonriente aunque esté podrida. Lo cuidan cuatro policías estatales del gobierno de Oaxaca —que aceptó hasta que Margarita Zavala, la esposa del presidente Felipe Calderón, se lo pidió personalmente—, pero no hay viáticos para que lo sigan en sus continuos viajes, así que a partir de la central de autobuses de Ciudad Ixtepec, un pueblito de veinticinco mil habitantes enclavado en el estado de Oaxaca, al sureste de México, vuelve a ser oveja para los lobos. Carga su ropa en una maleta rota y de ínfima calidad, que ha perdido el asa y las rueditas, y que deja al alcance de cualquier mano su toalla amarilla.

Solalinde es de las pocas personas que se reinventan y dan lo mejor de sí

mismas después de los sesenta años. Durante décadas no fue más que un cura de aldea, con todo el sacrificio y la convicción que eso requiere, pero sin mayor influencia social, política ni religiosa. Graduado de dos carreras universitarias (Historia y Psicología) además de sus estudios sacerdotales y con una maestría en Terapia Familiar, Solalinde es un administrador distraído que prefiere regalar el dinero antes que cuidarlo, y se juega la vida al oponerse a una industria en la que se confabula la más alta política con el crimen organizado: el secuestro de migrantes. Nunca será consagrado obispo porque dice lo que piensa de su madre Iglesia: que no es fiel a Jesús sino al poder y al dinero; que es misógina y trata con la punta del pie a los laicos y a las mujeres, y que no es la representante exclusiva de Cristo en la Tierra.

A los sesenta y un años se decidió a abrir un albergue de migrantes en Ixtepec, no sólo para interponerse a las violaciones a los derechos humanos de los indocumentados centro y sudamericanos, sino para preparar su propio retiro. Se había cansado de las disputas entre sacerdotes en la diócesis de Tehuantepec —situada en el Istmo del mismo nombre, en la costa oaxaqueña del Océano Pacífico—, se tomó dos años sabáticos para estudiar Psicología —contra el consejo de su obispo, que le dijo que era inútil porque a su edad no retendría los conocimientos— y renunció definitivamente a administrar una parroquia.

“Antes de entrar en esto de los migrantes era una persona sencilla, común y corriente, y desconocida. Escogí los migrantes porque eran una zona muy hermosa para morir, para pasar los últimos años de mi vida sirviendo de forma anónima, pacífica, privada, y retirarme así”, contó el sacerdote Alejandro Solalinde el 29 de junio pasado en la Casa Lamm de la ciudad de México, donde inauguró una muestra de pintura. Después de visitarlo en Ixtepec, Oaxaca, a principios de junio, lo seguí en sus continuas visitas a la ciudad de México. En aquella ocasión acudió a la presentación

de “Rostros de la discriminación”, una muestra de cincuenta artistas que, animados por Gabriel Macotela, donaron sus cuadros para apoyar a la red de albergues que hospedan y defienden los derechos humanos de los migrantes centroamericanos en México.

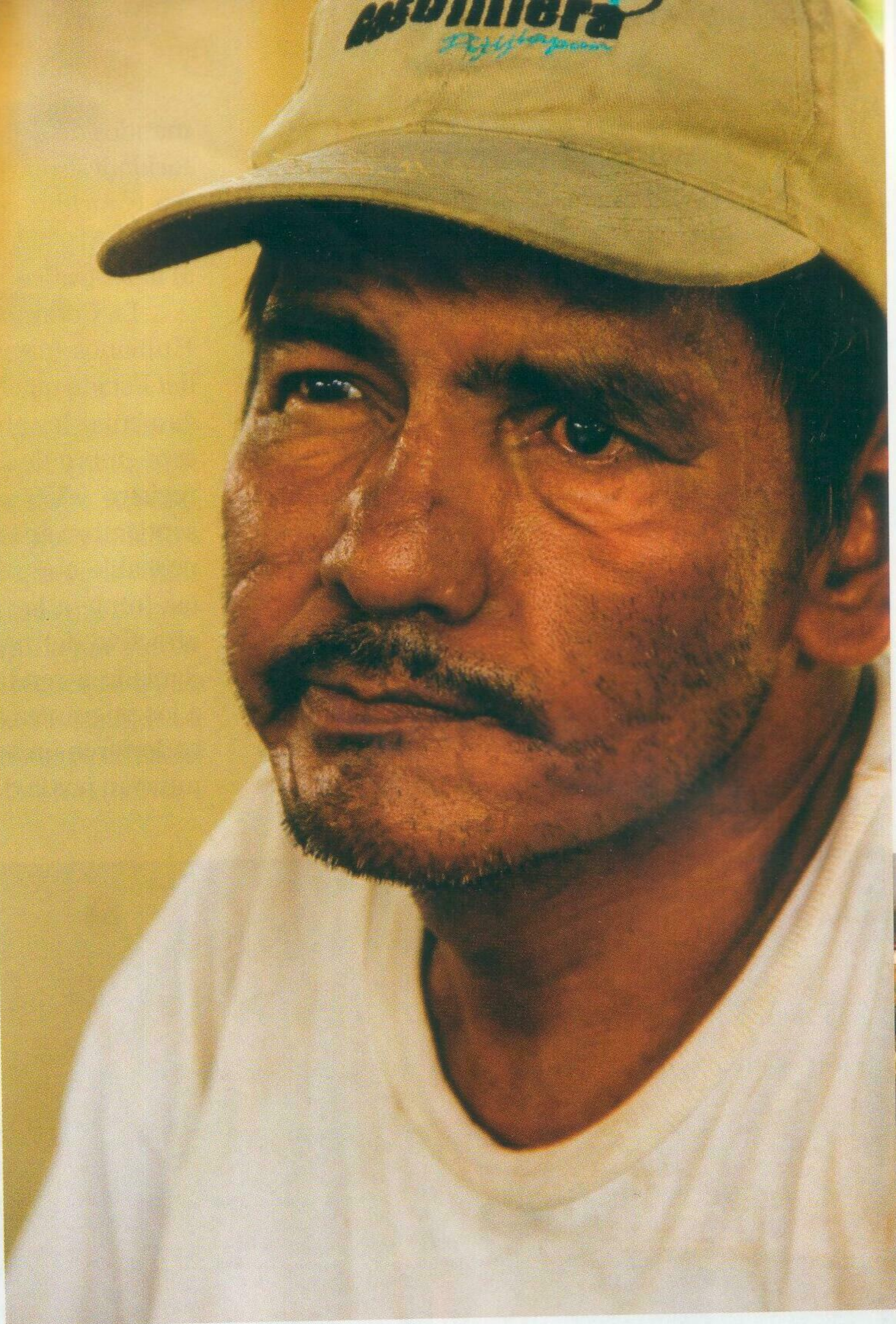
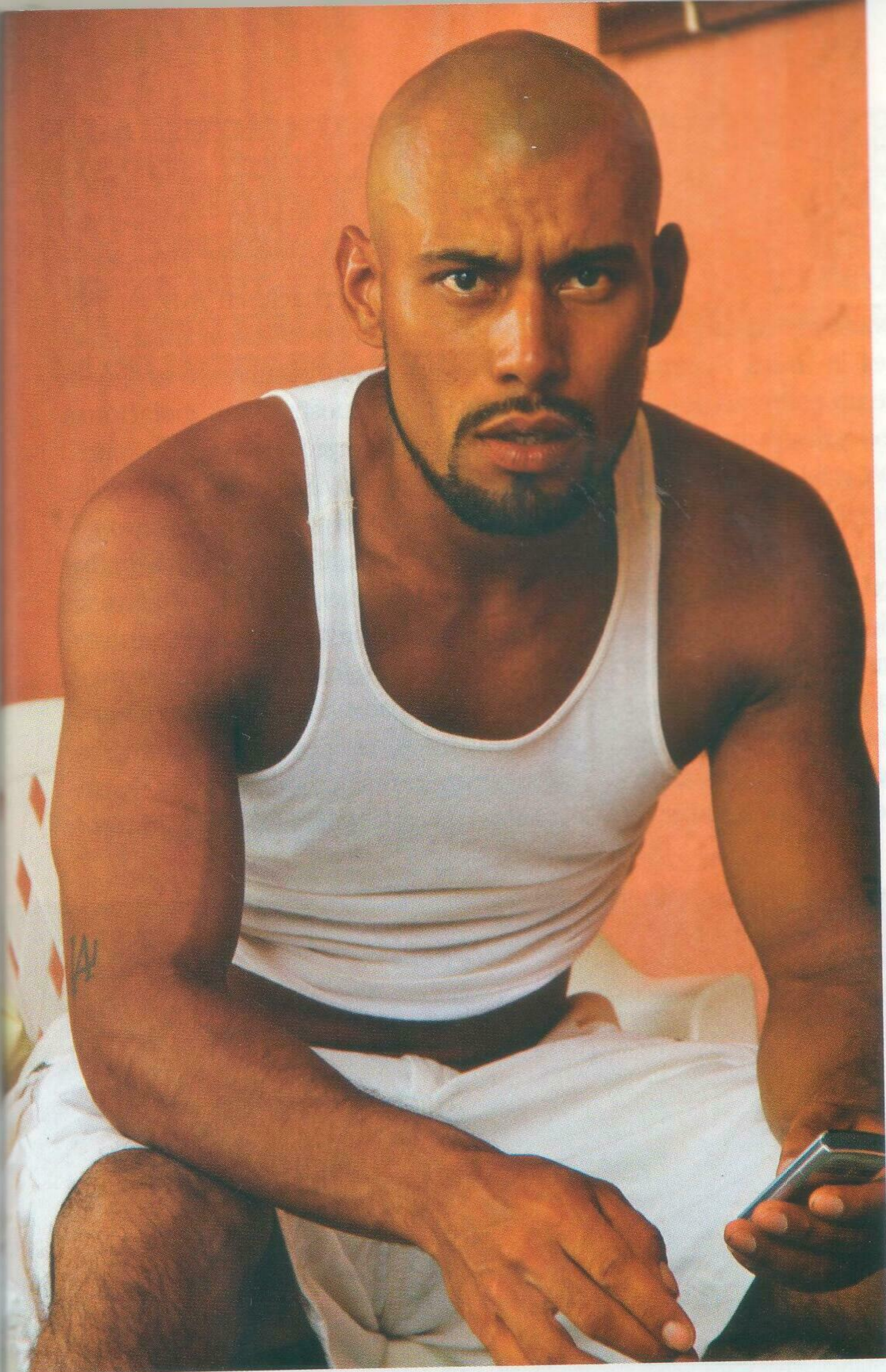
Tras sólo cuatro años de coordinar el albergue Hermanos en el Camino, Solalinde se convirtió en una de las figuras más notorias no sólo de la Iglesia católica, sino de los defensores de derechos humanos. Delgado, de voz suave y de maneras corteses, es un imán de la polémica: ha sido acusado de *pollero* por un delegado del Instituto Nacional de Migración (INM); autoridades municipales lo quisieron quemar con gasolina con todo y albergue; se ha visto repetidamente amenazado de muerte y ha pedido perdón a los Zetas, a quienes considera víctimas de una sociedad violenta. Jugándose la vida, echó luz sobre el holocausto que padecen

**EN LAS CÁLIDAS  
NOCHES EN  
IXTEPEC, CUANDO  
LOS MIGRANTES  
CENTROAMERICANOS  
RECUPERAN FUERZAS  
PARA CONTINUAR LA  
TRAVESÍA, SOLALINDE  
SE ACUESTA EN SU  
HAMACA Y SE DIRIGE  
A JESÚS: “JESÚS, ¡QUE  
FRIEGA TE PUSIERON  
A TI! AHORA HAY  
DERECHOS HUMANOS  
¿Y A TI QUIÉN TE  
DEFENDIÓ?”**

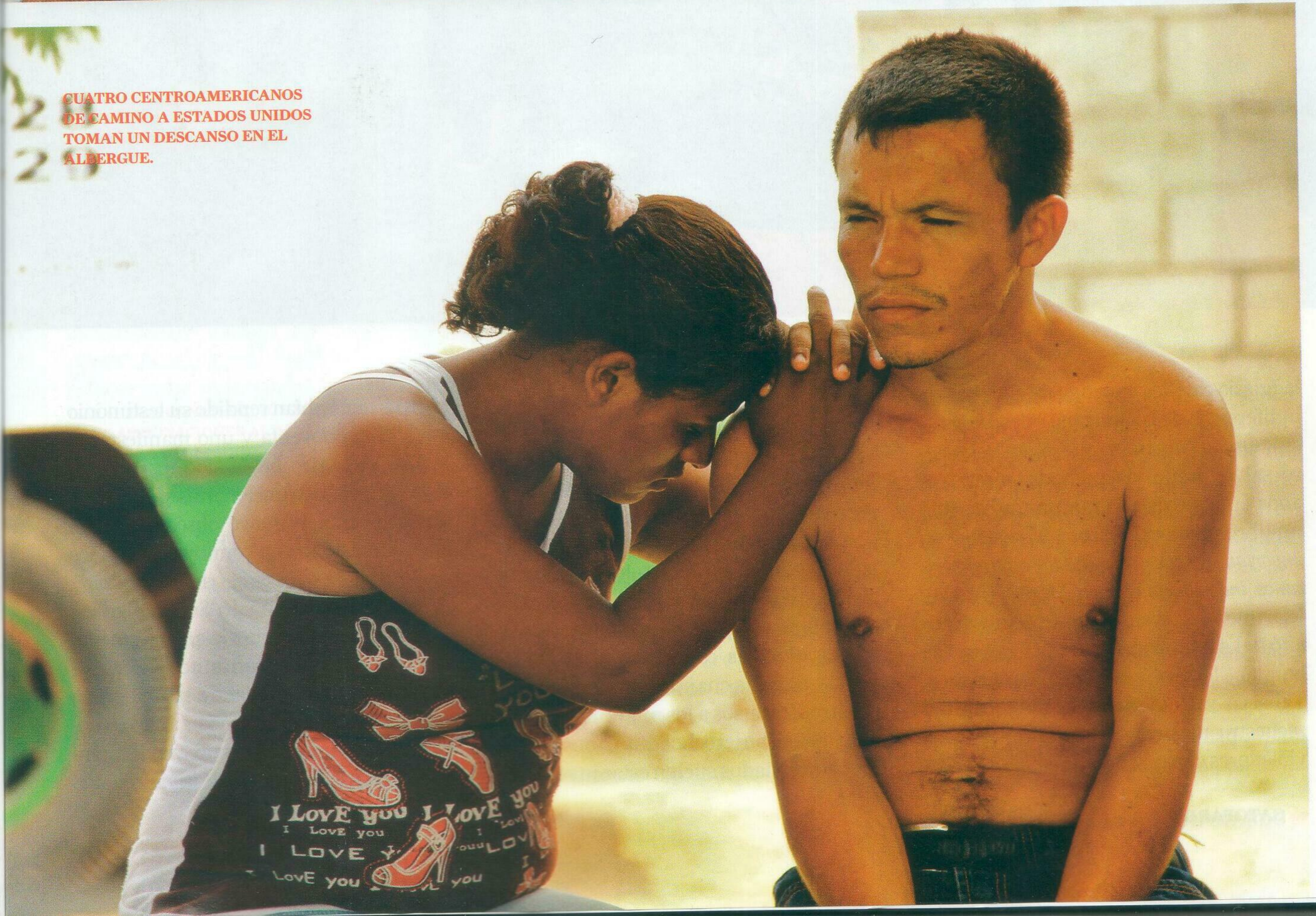
los centroamericanos indocumentados en México, *que a nadie le importan*. En Centroamérica se convirtió en una leyenda al punto de ser conocido como “el Romero mexicano” en alusión a Óscar Arnulfo Romero, el arzobispo de San Salvador asesinado por la dictadura.

En cada migrante que llega a su albergue, Solalinde observa el rostro de Jesús. “Me han enseñado que la iglesia es peregrina y que yo mismo soy migrante. Me han enseñado esa fe tan grande: la esperanza, la confianza, la capacidad de levantarse, rehacerse y seguir el camino. Sería fantástico que como católicos tuviéramos la capacidad de los migrantes de levantarnos de tantas caídas y seguir caminando en la ruta de Jesucristo”.





CUATRO CENTROAMERICANOS  
DE CAMINO A ESTADOS UNIDOS  
TOMAN UN DESCANSO EN EL  
ALBERGUE.





## LOS CÓMPLICES (EL HOLOCAUSTO MIGRATORIO)

En un México, que de suyo se ha tornado a la barbarie debido a la disputa por las drogas, no hay peor tragedia humanitaria que la explotación de los migrantes centroamericanos. Son el dinero más fácil: el secuestro de cada uno de ellos reporta entre mil y cinco mil dólares de ganancia y se secuestra a miles o decenas de miles al año. No votan en México, así que ningún político se interesa por ellos. No dejan remesas en México, así que el gobierno no invierte un centavo en protegerlos. No son un grupo de presión, así que la prensa publica sus historias de manera esporádica y anecdótica. No dejan un peso de limosna en las iglesias del país, así que sólo una parte marginal de

mandos de Zetas con armas largas y autoridades cómplices. El auge del secuestro coincidió con el sexenio de Felipe Calderón y la militarización del combate al narcotráfico.

La Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH) es la única instancia del Estado que hace un esfuerzo por documentar los abusos a migrantes. Entre septiembre de 2008 y febrero de 2009 registró 9758 secuestros; entre abril y septiembre de 2010, 11333. Pero es muy probable que sus cifras se queden cortas frente a la realidad, porque el gran atractivo del negocio es que nadie será llamado a rendir cuentas. Nadie busca a los migrantes desaparecidos, y los que padecieron un secuestro difícilmente denuncian por la desconfianza a las autori-

das las autoridades, ya sea las policías municipales, estatales o ministeriales o también la policía federal, agentes del INM y, a veces, elementos del Ejército:

Amnistía Internacional (AI) publicó en 2010 el informe *Víctimas invisibles* en el que el adjetivo más recurrente es "generalizado": los secuestros, las violaciones sexuales, las extorsiones, los asesinatos, las desapariciones y la complicidad de las autoridades son generalizados, como generalizada es la indiferencia de los distintos niveles de gobierno. México atraviesa por una "epidemia oculta" de secuestros, sobre todo en las fronteras y en las rutas de paso: Chiapas, Oaxaca, Tabasco, Veracruz y Tamaulipas. Los plagiarios, afirma, secuestran a "más de un centenar de migrantes" en cada golpe. De 238 víctimas y



la Iglesia católica se ocupa de ellos bajo la indiferencia de la jerarquía eclesiástica.

Óscar Martínez, un joven reportero salvadoreño, después de pasar tres años en las rutas de migrantes escribió un libro memorable, *Los migrantes que no importan. En el camino con los centroamericanos indocumentados en México* (Icaria). Martínez documenta cómo México transitó del asalto perpetrado por pequeñas bandas locales en Chiapas, Oaxaca, Tabasco y Veracruz a la industria del secuestro masivo: de los ladrones y los violadores con machete y pistola a los co-

dades mexicanas y la urgencia de continuar el viaje hacia el norte.

La guerra contra el narcotráfico ha impulsado la narrativa oficial de un enfrentamiento de las fuerzas del orden contra las fuerzas del crimen. Del lado del gobierno hay soldados y policías buenos que protegen a la sociedad de malignos transgresores de la ley que se disputan las calles. Dicha hipótesis pierde vigencia cuando se trata de los secuestros y abusos a los migrantes. En las violaciones a derechos humanos de los indocumentados suelen estar involucra-

testigos que habían rendido su testimonio a la CNDH, "noventa y uno manifestaron que su secuestro había sido responsabilidad directa de funcionarios públicos, y otros noventa y nueve observaron que la policía actuaba en connivencia con los secuestradores durante su cautiverio". Amnistía Internacional: "Según algunos expertos, el peligro de violación es de tal magnitud que los traficantes de personas muchas veces obligan a las mujeres a administrarse una inyección anticonceptiva antes del viaje, como precaución contra el embarazo derivado de la violación".



**SOLALINDE NUNCA SERÁ CONSAGRADO OBISPO PORQUE DICE LO QUE PIENSA DE SU MADRE IGLESIA: QUE NO ES FIEL A JESÚS SINO AL PODER Y AL DINERO; QUE ES MISÓGINA Y TRATA CON LA PUNTA DEL PIE A LOS LAICOS Y A LAS MUJERES, Y QUE NO ES LA REPRESENTANTE EXCLUSIVA DE CRISTO EN LA TIERRA.**

El informe de AI relata no sólo los abusos de la Policía Federal, la Agencia Federal de Investigación (AFI) y el Ejército, sino los procesos kafkianos a los que se somete a las víctimas que se atreven a denunciar: pasan meses antes de que se les cite a rendir su declaración —para entonces muchos de los testigos y víctimas se han ido ya a Estados Unidos o a sus países de origen, pues mientras tanto deben vivir de la caridad de los albergues—,

man para escribir este reportaje, los relatos de los secuestros son igualmente crueles, como el que me contó Alberto, un hondureño que se había quedado a trabajar de albañil en el albergue con la esperanza de reunir los tres mil dólares que había pagado su familia por su rescate: los migrantes son secuestrados en grupo y llevados a ranchos y casas de seguridad. Les exigen los números de teléfono de sus familiares en Centroamérica o

sino que absorben a las bandas delictivas locales y las ponen a trabajar para ellos. Lo mismo hacen con las autoridades de todos los niveles. Las organizaciones criminales cooptan a todos los eslabones de la cadena: a centroamericanos que se hacen pasar por indocumentados en el camino y se ganan la confianza de los verdaderos migrantes para sacarles información sobre sus familiares; a las policías locales, a las autoridades federales, a maras, a narcomenudistas, a taxistas, hasta a vendedores de refrescos que emplean como vigías. Y de ahí a la punta de la pirámide.

Alejandro Solalinde —cuyo nombre es el más citado en el informe de AI, con diez menciones— compara el abuso a los migrantes con la industria petro-



**IZQUIERDA: CONSTRUCCIÓN IMPROVISADA CON LAS DONACIONES AL ALBERGUE. CENTRO: EN ESPERA DEL SIGUIENTE TREN. DERECHA: TECHO DEL TREN CON LAS BOTELLAS DE AGUA QUE DEJAN LOS PASAJEROS.**

y cuando se les cita a identificar policías abusadores, les presentan fotos distorsionadas en las que son irreconocibles.

Ya en los testimonios recabados por Óscar Martínez, ya en los informes de AI, o en las historias que recogí en el albergue Hermanos en el Camino de Ixtepec cuando acudí con el fotógrafo Alex Dorfs-

Estados Unidos. Quien no lo proporciona o no tenga es asesinado de inmediato. Alberto estuvo plagiado una semana con otros nueve connacionales suyos, golpeados con tablas en la espalda baja (de ahí el verbo “tablear” asociado con los Zetas). Escuchó cómo dos fueron ejecutados porque sus familias no pagaron el rescate. Dos más nunca aparecieron. Seis sobrevivieron al secuestro y fueron liberados pero dejaron a sus familias con una deuda catastrófica.

Los Zetas, cuenta Óscar Martínez, no necesariamente ejecutan los secuestros,

lera. El albergue Hermanos en el Camino, dice, es el jardín asentado sobre un rico yacimiento de petróleo que una mafia político-delictiva quiere perforar y explotar. Y señala a Ulises Ruiz Ortiz, ex gobernador del estado de Oaxaca (2004-2010), como una de las cabezas de esa mafia:

“Con [el gobierno de] Ulises Ruiz me queda claro que ellos querían hacer un negociazo con los migrantes: ganar en volumen con extorsión, secuestros, trata, todo. La mafia, desde el gobernador para abajo, presidente municipal, la policía ju-



dicial, vieron que era un botín, que eran clientes cautivos”, me dijo.

Ruiz Ortiz atacó el albergue. Gabino Guzmán, el presidente municipal de Ixtpec (2008-2010) que acompañó a la turba que pretendía quemarlo, era uno de sus subordinados políticos. Cuando Ruiz Ortiz era gobernador, Solalinde fue presionado por la delegada del INM, Mercedes Gómez Mont, y su propio obispo para cerrar el albergue. A cambio le darían otro a tres kilómetros de ahí, en un terreno alejado de las vías del ferrocarril, a donde nunca irían los migrantes, “y en donde no pudiéramos estorbar para hacer el negocio de este funcionario apoyado por su gobernador”.

“Le dije al obispo que aceptaba encantado porque ya tendría dos albergues y me aclaró: ‘No, nada más uno’”. El superior eclesiástico y Gómez Mont insistieron. Solalinde resistió. La funcionaria federal se fue enojadísima y Solalinde le cuestionó a su obispo: “Cuidese de que los poderosos no lo usen contra mí”. El sacerdote hizo esa denuncia a la revista *Esquila Misional* (abril, 2011), de los misioneros combonianos, que se reparte profusamente entre miembros de la Iglesia católica.

El albergue Hermanos en el Camino pertenece a una red de unos cincuenta albergues, refugios, casas y parroquias de miembros de la Iglesia católica (sacerdotes, laicos y voluntarios sin filiación religiosa) que ofrecen algún tipo de asistencia a los centroamericanos: “La espina dorsal del apoyo que reciben los migrantes”, dice AI. “Gracias a sus esfuerzos hay muchos más migrantes que no sucumben al agotamiento, la exposición a los elementos [de riesgo] y el hambre durante su viaje. Desempeñan un papel crucial a la hora de documentar abusos cometidos por agentes estatales y por personas y grupos particulares y de animar a los migrantes a buscar justicia. También ayudan a combatir la xenofobia que estalla a veces en las comunidades locales. Quienes defienden a los migrantes irregulares son a su vez víctimas de frecuentes ataques”.

Solalinde sostiene que no se trata sólo de un lucrativo negocio en volumen, sino de una estrategia política para hacerle el trabajo sucio a Estados Unidos: contener a través del miedo la inmigración indocumentada a ese país.

“El gobierno federal —entiéndase de Felipe Calderón— tiene una política de Estado con Estados Unidos. Estados Unidos es su aliado y es su amigo, entonces él tiene que hacerse responsable y cumplirle a su amigo. Cumplirle significa hacer el

trabajo sucio, cuidarle su patio trasero, y si tiene una política de Estado, también tiene que tener una estrategia de Estado, que es la política migratoria que está implementando con los migrantes. México no puede, le da vergüenza y no tiene valor para hacer un muro de una vez por todas y sellar la frontera, que sería lo más honesto, porque sabe que si lo hiciera no tendría cara para exigir que quitaran el muro en el norte, pero, además, tampoco podría exigir una reivindicación para los migrantes mexicanos en el norte, entonces lo que hace es una política de Estado por colusión o por omisión, como son los secuestros”, le dijo a Carlos Martínez —hermano de Óscar— reportero del periódico digital salvadoreño *El faro.net*.

Detrás del tema migratorio subyace una discusión normativa: ¿la migración es un delito o un derecho? En la legislación mexicana hasta 2008 la migración indocumentada alcanzaba penas de hasta diez años de prisión. México optó por una política de puertas cerradas a la inmigración

**“EN CUALQUIER MOMENTO ME DICEN: ‘ASESINARON A TU HERMANO’ —DIJO RAÚL SOLALINDE—. ESTOY SEGURO DE QUE NO SERÁ LA MAFIA, SEAN LOS ZETAS O QUIEN SEA. ELLOS NO LO VAN A ASESINAR, PERO LAS CABEZAS DE ELLOS SÍ, Y ESTAMOS HABLANDO DE LOS POLÍTICOS”.**

pero de puertas abiertas a la emigración. Once por ciento de la población mexicana se marchó a Estados Unidos, en donde la inmigración irregular es criminalizada. En la defensa de sus connacionales, México se convirtió en el “líder en la protección de los migrantes”, como declaró en octubre pasado la canciller Patricia Espinosa. Pero los abusos a los centroamericanos evidenciaron la hipocresía mexicana.

Para Solalinde, la migración es un derecho. Con ese principio y aliado de otros defensores de derechos humanos presionó al Congreso mexicano que, finalmente, aprobó una Ley de Migración promulgada por Calderón el 25 de junio pasado. La ley descriminaliza la inmigración irregular y establece una “visa de transmigrante” de ciento ochenta días, que le permitiría a los migrantes, en el camino a Estados Unidos, transitar por México de manera segura y legal.

Aun cuando entre los expertos en migración se le ha llamado la “ley Solalinde”, no se plasmaron exigencias del sacerdote como la desaparición del INM, que Solalin-

de identifica como irremediablemente corrompido por las mafias de secuestradores.

Y aun cuando la visa de transmigrante es una conquista fundamental, todavía podría convertirse en letra muerta si el reglamento que elabora actualmente el Poder Ejecutivo establece tantas trabas que la harían inaplicable.

## LA INFANCIA

Rompía vidrios de las casas de los vecinos, amarraba mecates a ras de suelo para hacer tropezar a los paseantes, incitaba guerras de lodo y pedradas, dirigía una pandilla de muchachos que echaban agua, fango y a veces pintura a las parejas que iban a besarse al jardín salesiano, se disfrazaba con una capa y chicoteaba a los más chicos. Dentro de la escuela era igual: le bajaba los calzones a las niñas, tocaba en las ventanas de otros salones y cuando se asomaban los niños les echaba tierra en los ojos. Su conducta era tan mala que las monjas lo expulsaron dos veces, y le regalaron el certificado de primaria por puro respeto a su

padre, profesor de barrio que se ganaba las becas de sus hijos llevando la contabilidad, tocando el piano y haciendo de maestro de ceremonias en el Colegio América.

Acaso la colonia Anáhuac (al poniente de la ciudad de México) en los años cincuenta del siglo XX era tierra fértil para el travieso proceder de *Janillo*, cuarto hijo del matrimonio Solalinde Guerra. Lindante con la Santa Julia —uno de los barrios más célebres del Distrito Federal por su bravura y su violencia—, los pleitos de pandillas eran la comida de todos los días. La violencia era común y el abuso una condena que había que sobrellevar. Aunque no le gustaban los golpes tuvo que aprender a defenderse de los peces grandes como *El Pinola*, siete años mayor, que lo pateaba y le tiraba la bolsa de pan cada que salía de la panadería, hasta que un día se hartó, fue a su casa, le clavó varios clavitos a una tabla y fue a marcarle las piernas a su abusador.

No era el deseo de su padre que sus hijos crecieran en ese barrio. Juan Manuel Solalinde, profesor de Comercio y Taquimecanografía, había establecido una es-



cuelita para los trabajadores de la Lotería Nacional en la Guerrero, una colonia popular del centro de la ciudad. Raúl Guerra, su cuñado, le había invitado a asociarse para comprar unas casas dúplex en la Anáhuac, pero el profesor Solalinde había desdeñado la colonia por brava. Una época de crisis lo llevó a vender las máquinas de escribir y a cerrar el local, y no encontró otro lugar para su familia que un cuartito en esa misma colonia que había despreciado, en una vecindad donde compartía un baño sucio y minúsculo con los habitantes de otros diez cuartuchos. Después el profesor se tragó su orgullo y aceptó arrimarse con su familia en la casa de Raúl Guerra.

Hijo y nieto de periodistas, Juan Manuel Solalinde se distinguía por su suavidad de carácter y su generosidad. Tocaba de oído el violín y el piano, tenía facilidad de palabra y organizaba grupos de canto. Había estudiado para profesor de comercio y ese oficio lo llevó hasta la ciudad de Aguascalientes, en el centro del país, en donde un acomodado terrateniente, Luis Guerra, lo contrató para que le diera clases particulares a su hija, de quien se enamoró. Bertha complementó el espíritu bonachón de Juan Manuel con ese temple femenino que permite a los hombres sin demasiada preocupación por el dinero sostener una familia.

Al poco tiempo lograron independizarse de Raúl Guerra y alquilar un departamento frente al jardín salesiano, en el corazón de la Anáhuac. El padre de familia ocupó la sala para instalar su Academia Comercial Solalinde y aun cuando era experto en enseñar comercio, no era el mejor administrador: no sólo cobraba cuotas bajas a su veintena de alumnos, sino que becaba ora a cinco, ora a ocho, ora a diez alumnos más. A uno de ellos, el indígena nahua Raúl Hernández, lo dejó vivir en su casa como a otro de sus hijos. Pero aunque no produjera mucho dinero, los Solalinde sí ganaban en res-

petabilidad: ser hijos del profesor del barrio los protegía un poco de la violencia callejera.

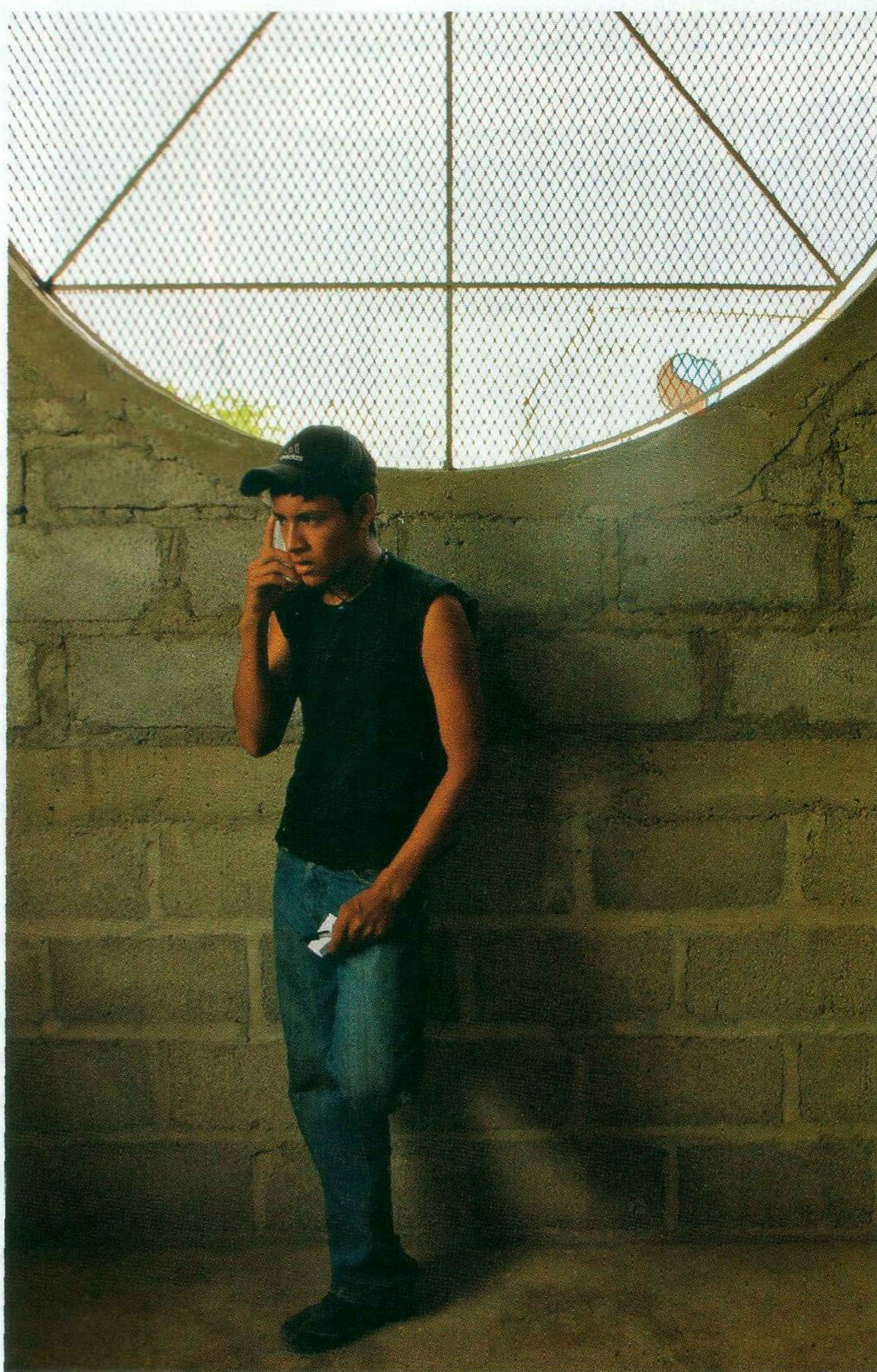
De noche, los Solalinde apartaban las máquinas de escribir y desdoblaban catres en la sala. Y aunque nunca faltó comida, no siempre alcanzaba para una pieza de pan de dulce para cada uno de los hijos, así que *Janillo* se apresuraba a lamer un pan completo antes de la cena y a dejarlo de nuevo en la canasta, para

El silbato del tren acompañaba la vida cotidiana de la colonia. Ironías de la vida, Alejandro creció a unos cien metros del paso del ferrocarril (aunque en la actualidad éste no forme parte de las rutas de migrantes), y el Colegio América se situaba enfrente de las vías. Su hermano Juan Luis se acostaba sobre los durmientes cuando pasaba la máquina y así se ganaba unos veinte centavos de apuesta con sus amigos.

Veinte centavos era “el domingo” que Juan Manuel podía darle a sus hijos, que lo reservaban ya para una pieza privada de pan de dulce o para la matiné del cine. *Janillo* mejor se lo daba a Nazarita, una anciana que vivía sola en un jacal de tablas al lado de las vías. Su solidaridad con la vieja —que corría paralela a sus travesuras— la había aprendido en casa. No sólo de la generosidad de su padre hacia sus alumnos pobres, sino de su madre, que cada tanto recogía a los niños de la calle, les daba de comer y les regalaba la ropa de sus hijos. Además de ama de casa, Bertha Guerra hacía de enfermera *amateur*: inyectaba y cosía a los descalabrados del barrio sin aceptar dinero a cambio, pero sí tortillas o un pan.

Juan Manuel Solalinde confesó lo ineludible: era incapaz de pagar la secundaria a sus hijos. Las máquinas de escribir de las clases de mecanografía se empeñaban cada diciembre, pero apenas daban para comer. El mayor de los hijos, Juan Luis, encontró refugio con un tío, que le dio hospedaje y un trabajito y le pagó la escuela. Raúl se ganaba unos centavos ayudando en un taller mecánico y lle-

vando la contabilidad de las tienditas de alrededor de su casa, pero resultaba insuficiente. A sus catorce años y gracias a la recomendación de su tío Raúl Guerra, que era oficial del ejército, Raúl Solalinde, *Rulillo*, encontró trabajo en la cárcel de Lecumberri. Víctor, *Vitillo*, entró a trabajar a una imprenta. Antes que encontrar trabajo, *Janillo* tenía que encontrar escuela, expulsado como estaba de cuanto colegio había pisado. Por fin lo aceptaron en una



EN EL ALBERGUE, SOLALINDE DA ACCESO A UN TELÉFONO PARA QUE LA GENTE LLAME A SUS PARIENTES Y AVISE QUE ESTÁ BIEN.

que no se lo ganaran. Los domingos eran días de fiesta porque el abuelo Luis llegaba con bolsas de mandado a casa. Nunca alcanzó para un uniforme escolar completo, y se remendaba el calzado una y otra vez antes de darse el lujo de comprar un par nuevo. En su foto de primera comunión *Janillo* enseñaba los calcetines detrás de los zapatos rotos. Cuando era un poco más grande recortó los pies de la fotografía.



**ENTRE LAS INSTITUCIONES QUE DAN ALGÚN TIPO DE AYUDA A LOS MIGRANTES, HERMANOS EN EL CAMINO Y SU COORDINADOR, ALEJANDRO SOLALINDE, SE VOLVIERON LOS MÁS CÉLEBRES. UNA OPORTUNA COINCIDENCIA LE PERMITIÓ SALTAR A LA FAMA: LA PRESENCIA DEL CORRESPONSAL DE UN DIARIO NACIONAL EN EL PEQUEÑO PUEBLO DE 25 000 HABITANTES QUE ES CIUDAD IXTEPEC.**

a Medias Aguas, Veracruz. Su presencia disuadía a los operativos de las policías judicial y municipal que asaltaban a los migrantes con la amenaza en entregarlos al INM. Pero el 14 de mayo de 2006, Solalinde no llegó a tiempo, y los elementos policiacos asaltaron a los migrantes antes de que se aferraran al tren que estaba por partir. Al verse amenazados, unos setenta

centroamericanos corrieron a esconderse y se perdieron el tren. Otros sí alcanzaron a subirse y a escapar de los policías-ladrones.

Solalinde estaba tirado en su hamaca leyendo un libro cuando sonó el teléfono y una voz del otro lado de la línea le reclamó su presencia de inmediato: el tren a Medias Aguas se había descarrilado. Los que se habían salvado del asalto policiaco no se salvaron del accidente. El sacerdote acudió a toda velocidad y llegó a las vías manoteando y gritando desesperado, “como si preguntara por sus propios familiares”, recuerda un testigo de la escena. Al poco tiempo vio los restos de Miguel, un nicaragüense gordo que había sido despedazado, entre el resto de los mutilados por la máquina.

Solalinde acudió con el cura Alfonso Girón —párroco de Ixtepec— para pedirle que albergara en su iglesia a los más de setenta migrantes que habían

huido del asalto y recuperaban fuerzas en la plaza municipal. Hasta ese día, Solalinde no se había planteado la necesidad de un albergue porque pensaba que cada iglesia debía ser casa de Dios y alojar a los necesitados. Creía que bastaba con pedirle al párroco su solidaridad para que abriera las puertas de su templo.

—Poncho, ¿no puedes darle hospedaje a los migrantes?, son como setenta —pidió Solalinde.

—No pueden estar aquí, ¿qué tal que nos roban?, hay asaltantes y ladrones entre ellos y, ¿qué va a decir la gente? Va a ser una quemada. Si recibo esa gente, (mi comunidad) no lo va a aceptar.

—Entonces, ¿qué enseñas en tu iglesia? —contestó Solalinde irritado—. Si no les enseñas que Jesús está en la persona de los necesitados, entonces, ¿qué les estás enseñando?

El párroco se quedó callado. Solalinde siguió:

**UNA VIAJERA DESCANSA EN UNA DE LAS CAMAS RECIÉN DONADAS AL ALBERGUE.**

escuela de gobierno gracias a un amigo de su padre, aunque reprobara el examen de admisión porque se había pasado los últimos dos años entre sin hacer nada y estudiando comercio con su papá.

Raúl, Bertha Alicia —*Manilla* por “mana”—, Víctor y Alejandro estudiaron gracias al salario de Raúl. Su madre convenció a *Janillo* de que no era un niño malo y de que en su nueva escuela nadie sabría de su negro expediente de travesuras y reprobaciones. A los dos meses se sacó su primer seis, luego un siete y en el primer semestre ya había obtenido un diez. Hacia el final del año lo nombraron subjefe de grupo y exentó casi todas las materias.

## EL INCÓGNITO

Sólo un hombre con un cuadro agudo de gripa podía presentarse de abrigo y bufanda bajo el calor sofocante de Ixtepec. Con la mitad del rostro cubierto, sin sus habituales anteojos, una tos fingida

y un sombrero de palma que ocultaba su calvicie, Alejandro Solalinde acudió a fines de 2006, de incógnito, a negociar la compra del terreno de Avenida del Ferrocarril Poniente número 60. La instalación de un albergue para los migrantes se había convertido en una necesidad imperante para el sacerdote.

Al principio, antes siquiera de imaginarse que coordinaría Hermanos en el Camino, Solalinde acudía a las vías del tren en Ixtepec al volante de una camioneta *pick-up* para regalar comida y agua a los cientos de centroamericanos que llegaban en los lomos del tren que venía desde Arriaga —un pueblo en Chiapas a unos doscientos kilómetros y doce horas de camino ferroviario— hasta Ixtepec, para esperar allí la salida del siguiente tren, éste con destino





—La gente, así como los estás formando, y tú mismo, son ojetes. No encuentro otra palabra más técnica.

Solalinde se había convertido en una presencia incómoda para las autoridades de Ixtepec y el INM. A bordo de su camioneta, cada que veía un operativo se dedicaba a seguir a la policía. Los migrantes le relataban los asaltos de la policía: “Esos judiciales que van ahí son los que nos robaron en la mañana”, escuchaba Solalinde y se apresuraba a levantar denuncias. Tenía un cuaderno con las fotografías de los policías judiciales y municipales que los indocumentados apuntaban con el dedo: “Éste me robó mil quinientos pesos”, “Éste me golpeó”, y Solalinde anotaba rayitas debajo de cada uno. En sus persecuciones a los agentes gubernamentales, se topaba con autobuses del INM que transportaban migrantes: “¡Padre, los de Migración nos golpearon, mire cómo estamos sangrando!”, le gritaban, y él se apersonaba en las oficinas de Migración con una cámara de video a levantar las denuncias y a reclamar a los funcionarios.

Con las puertas de la parroquia de Ixtepec cerradas, Solalinde inició la búsqueda de un lugar. Ingenuamente, acudió primero a la oficina de Bienes Comunes a solicitar un espacio, que nunca le dieron. Después buscó a los dueños de los terrenos aledaños a las vías del tren. La sola presencia de Solalinde espantaba a los dueños de terrenos, que siempre le daban una negativa rotunda. Ahora está convencido de que el entonces gobernador de Oaxaca, Ulises Ruiz, era quien sabotaba su búsqueda. No le quedó otra más que el disfraz de un enfermo de gripe para ocultar su rostro y su calvicie frente a Tomasita. Una pareja de amigos hizo la negociación. Solalinde asentía con la cabeza cuando le requirieron su aprobación para la oferta final, de ciento ochenta mil pesos. Al otro día, Solalinde se presentó sin disfraz con Tomasita y le dio un anticipo.

Las autoridades municipales no tardaron en enterarse y fueron a disuadir a la vendedora: si se instalaba ahí un albergue, le dijeron, Ciudad Ixtepec se llenaría de mareros y de asaltantes. Pero ella se mantuvo firme y vendió el predio que ahora le pertenece a la diócesis de Ixtepec. Con el tiempo, el territorio del albergue se extendería unos metros más con la compra del terreno aledaño.

“Hasta la fecha, el padre Alfonso Girón no les da ni un vaso de agua a los migrantes”, me dijo Solalinde.

## “¿PARA QUÉ TE MANDÉ, PENDEJO?” (SOLALINDE HABLA CON JESÚS)

Alejandro Solalinde habla con Jesús cotidianamente. Las más de las veces Jesús escucha sin decir nada, pero cuando el sacerdote le hace una pregunta crucial, el Hijo responde, y sus respuestas determinan el camino de Solalinde o le devuelven la paz espiritual. En las cálidas noches en Ixtepec, cuando los migrantes centroamericanos recuperan fuerzas para continuar la travesía y su equipo de voluntarios ha sido vencido por el sueño, Solalinde se acuesta en su hamaca —en el único lugar en el que puede estar solo— y se dirige a su enamorado: “Jesús, ¿qué friega te pusieron a ti! Cuando tú estabas, la cosa estaba delocol: la gente era más cerrada que hoy. Ahora hay derechos humanos, ¿y a ti quién te defendió? Yo tengo guaruras: tú tenías que cuidarte de todo el mundo y hasta tus discípulos te dejaron solo. Yo salgo en los periódicos, soy muy popular, ¿y tú? A mí las autoridades me tienen un poquito de respeto, ¿pero a ti? N'ombre. A veces me atraso un poquito en la comida porque nos falta, ¡y tú cuántas veces te quedaste sin comer!”. Jesús escucha sin interrumpir.

Hace más de treinta años, cuando Solalinde era un joven y carismático sacerdote de barba y camioneta, charlaba en silencio con Jesús sobre su atracción por la belleza de las mujeres. Si pasaba una mujer guapa, se inclinaba ligeramente para hablarle al oído, le daba un ligero codazo y le susurraba: “Qué forro de mujer hiciste, qué bruto, te volaste la barda”. Lo chuleaba por haber hecho una mujer así pues, como él dice, “he tenido esa confianza de decirle lo que pienso como hombre, y siento que me quiere mucho”. Jesús escuchaba sin interrumpir.

Pero Jesús interrumpe. Y fuerte. Apenas pasados los treinta años, Solalinde era un aburguesado sacerdote de Toluca —una ciudad a una hora de carretera de la ciudad de México—, cuando acudió a unos ejercicios espirituales en la sierra mixteca de Oaxaca, uno de los lugares más pobres del país. Vestido de catrincito, como él mismo recuerda, al término del retiro se fue de compras y adquirió seis mil pesos en adornos para su casa. La mensualidad de un coche del año, recuerda, no pasaba de dos mil pesos. Caminaba con sus bolsas cuando se encontró con mujeres pobres vendiendo artesanías en la calle. Le despertaron la curiosidad y Solalinde pudo enterarse de que venían de San Antonino, un pequeño municipio indígena de la sierra, eran espo-

sas de hombres alcohólicos y ese día habían vendido unos trece pesos. A la tercera pregunta, la indígena dejó de responder y miró con desdén al atildado sacerdote. Avergonzado, Solalinde escuchó el reclamo, esta vez no de Jesús, sino de Dios padre.

Solalinde: “Llegué a Toluca y traté de chantajear a Dios: ‘De lo que yo gaste de mi vida de consumista te voy a dar el 30%, 30% para los pobres’... Pero mi conciencia no se acallaba. Algo en mí me decía que no era mi lugar en Toluca. Entonces traté de llegarle al precio: ‘Está bien, Señor, no el 30, sino el 50% de mi vida de consumista, de burgués’. Pero esa voz no se callaba. Yo tenía la ilusión de hacer una fundación misionera de laicos. Mi hermano Raúl me había regalado una camioneta Blazer equipadísima y un Thunderbird convertible para rifarlo y construir la casita de misioneros burgueses que yo quería hacer y donde quería pasar el resto de mi vida. Pero esa voz no se callaba. Hasta que me di por vencido: ‘Está bien, Señor, sé que no quieres mi dinero sino mi persona. Te la voy a dar. Voy a ir a la parte más pobre’”.

El arzobispo Bartolomé Carrasco Briseño, simpatizante de la Teología de la Liberación, aceptó a Solalinde, entonces de treinta y siete años, y a sus Misioneros Eclesiales Itinerantes (MEI) en la arquidiócesis de Oaxaca, y en agosto de 1982 les asignó una parroquia en San Pedro Amuzgos, en donde permanecieron seis meses. De ahí los trasladaron a Santa María Yolotepec, en la sierra mixteca. El territorio parroquial se recorría de punta a punta en veinte horas a pie. No había caminos ni caballos y las distancias de una comunidad a otra demandaban caminatas de unas siete u ocho horas a través de las montañas. El día que recibió la parroquia, el 24 de enero de 1983, caminó toda la mañana para visitar Cuanana y San Mateo Yucutindó. De vuelta, agotado, titubeó entre el almuerzo —una tortilla seca— y el reposo. Optó por tirarse en el petate y descansar, cuando le dijeron que tenía que atender el teléfono de la caseta rural que estaba en el pueblo vecino. Una voz angustiada le informó que había una batalla campal entre los pobladores de Santiago Amoltepec y San Mateo Yucutindó. Urgía su presencia para detener la muerte, pues ya habían asesinado al joven catequista Tacho y arrastraban su cuerpo por las calles. Estaba a ocho horas a pie por subidas y bajadas. No se comprometió a ir: “Déjenme ver que puedo hacer”, dijo, y regresó a casa.

CONTINÚA EN LA PÁGINA 128